

ESTUDIOS HISTORICOS EN EL PAIS VASCO

Andrés E. de Mañaricua

Hacer un balance de los estudios históricos en el País Vasco al cabo de cuarenta años e intentar hacerlo en el espacio de cuarenta y cinco minutos que me conceden para ocupar vuestra atención, implica sus riesgos. Uno de ellos, que quiero de antemano prevenir para evitar interpretaciones erróneas, es que a omisiones de entidades o personas que ocurran en el correr de mi ponencia no deis otra significación que la de una inadvertencia.

1. La crisis de 1936

La crisis provocada por el inicio de la guerra civil en 1936 llegó en un momento de florecimiento de los estudios vascos y, en concreto, de los históricos. Florecimiento del que ofrecen un exponente las revistas que en plena actividad se vieron cortadas. La RIEV acababa de distribuir el fascículo correspondiente al primer trimestre de 1936, y "Yakintza" había publicado el de mayo y junio.

Tal florecimiento había sido favorecido por las circunstancias políticas; pero no debe olvidarse que tenía antecedentes serios que remontaban al siglo XIX y comienzos del XX: Yanguas y Miranda, Sagarmínaga, Gorosabel, Labayru, Jaurgain, Guiard, Echegaray (Carmelo), Múgica (Serapio), Dubarat, Daranatz... son algunos de los autores que debieran citarse. No sólo los historiadores se volcaron en el pasado. También los políticos dejaron escritos testimonios importantes para el futuro. A modo de simple ejemplo citaré un libro: *De la libertad a la revolución*, del presidente Aguirre.

Insisto en que no atribuyáis significación alguna a la omisión de otros nombres. Sólo añadiré uno de especial relieve por su aportación a los estudios históricos y entrañablemente unido a Eusko-Ikaskuntza: Arturo Campión, que fue reconocido como el patriarca de los historiadores vascos.

Y un detalle interesante. Había pasado mucho tiempo desde que Oihenart y Zamácola, con éxito muy diverso, habían publicado sus historias de todo el pueblo vasco. Ambas habían visto la luz en tierra francesa (París 1638 y 1656, Auch 1818). A lo largo del siglo XIX y también ultrapuertos aparecerán algunas obras de conjunto: Chaho, Belsunce, Cénac Moncaut... Entre nosotros, en vísperas de la guerra civil, aparecen dos manuales: la *Historia Vasca* del P. Bernardino de Estella (Bilbao 1931) y la *Historia del País Basco* de Estornés Lasa (Zarauz 1933).

Y pronto, el corte... La voz de la pluma es ahogada por el fragor de las armas.

2. La reanudación

La guerra civil y las circunstancias políticas subsiguientes fueron un duro golpe contra los estudios vascos en todos sus aspectos. Se apagó para cuarenta años la voz de nuestra Sociedad de Estudios Vascos.

Pero pronto comenzaron a aparecer revistas en que la historia ocupaba una buena parte:

1940. Aparece *Príncipe de Viana*, órgano de la institución homónima de la Diputación de Navarra. Su aportación al conocimiento del pasado del antiguo reino ha sido considerable.

1945. ... *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País*.

1945-53. *Gernika*. Órgano del Instituto Vasco de extensión cultural. Inicia su publicación en San Juan de Luz y Bayona, pasando a Buenos Aires en 1951.

1947-57. *Gernika. Eusko Yakintza*. Dirigida por J. M. de Barandiarán. Verdadera continuadora de la RIEV.

1950. ... *Boletín del Instituto Americano de Estudios Vascos*. El Instituto fue fundado el 20-VII-1943 en Buenos Aires.

1957. ... *Boletín de la Institución Sancho el Sabio*, de la Caja de Ahorros de Vitoria.

1965. ... *Estudios de Arqueología Alavesa*. Vitoria.

1967. ... *Boletín de estudios históricos sobre San Sebastián*. Publicación del Grupo Camino. Obra cultural de la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián.

1970. ... *Estudios Vizcaínos*. Sociedad Vascongada de Amigos del País. Bilbao.

Y no olvidemos a las veteranas revistas de ultrapuertos: *Gure Herria*, *Bulletin de la Societè des Sciences, Lettres et Arts de Bayonne*, *Bulletin du Musée Basque*... que prosiguen su publicación, aunque la guerra mundial de 1939-45 les obligue a silencios transitorios.

A las revistas debemos sumar las colecciones. La editorial Ekin de Buenos Aires publica el sexto volumen de la colección homónima en 1942 y aún sigue en la brecha. Ya en 1950 reedita los tres primeros volúmenes la colección Auñamendi. En 1957 se inicia la "Biblioteca Vasca" de la Editorial Minotauro que no nos dará muchos volúmenes debido a la enfermedad y muerte de su director Francisco de Echebarría, pero sí selectos. Aparecen otras colecciones, como la de "Monografías Vascongadas" de Amigos del País. Y mencionemos a la última nacida, joven pero pujante, "Biblioteca Alavesa de L. de Ajuria", que a los siete años de su nacimiento lleva ya publicados veintidós títulos.

Varias editoriales promueven las publicaciones. Citamos por orden de aparición: "Ekin" en Buenos Aires, "Auñamendi" en San Sebastián, "La Gran Enciclopedia Vasca" en Bilbao... Y varias instituciones, públicas o privadas: "Príncipe de Viana", "Sociedad Vascongada de Amigos del País", Juntas de Cultura Provinciales, Cajas de Ahorros de San Sebastián y Vitoria...

Y las semanas o congresos celebrados: Semanas de Estudios Medievales de Estella, id. de Antropología Vasca de Bilbao, Simposiums de Estudios Medievales en esta misma villa, el tercero de los cuales se halla en prensa en estos días...

Es imposible citar a todos. No déis transcendencia a las omisiones que advirtáis en este precipitado recorrido. No pretendo ser exhaustivo. Lo dicho basta para muestra.

3. *La situación actual*

Seamos objetivos.

A veces se oyen, especialmente en bocas jóvenes, lamentaciones de que nada se ha hecho, de que todo está por hacer. Aunque exageradas, tratemos de comprender estas expresiones hijas de la impaciencia juvenil y del desconocimiento —a veces, desprecio injusto— del pasado.

No. No todo está por hacer. Pero reconozcamos que una parte del trabajo pasado nació dañado por preocupaciones de tipo tradicional o político que merman su valor. Una parte, no toda ella ni mucho menos. El historiador se encuentra empeñado en una tarea de incesante revisión.

No todo está por hacer; pero queda mucho que hacer.

Demos un vistazo rápido.

a) *Historia general de Euskalerría.*

La situación es claramente deficitaria. Tenemos los manuales de Estella (1931) y Estornés (1933). Posteriormente los tres tomitos de la *Historia del Pueblo Vasco* de Federico Zabala (Auñamendi 1971-73) y la síntesis de Ugalde (1974). Acaba de iniciarse la publicación por Estornés de una *Historia de Euskalerría* que se presenta voluminosa y bien trajeada; pero el volumen publicado no nos permite abrigar esperanzas de que llene el vacío que lamentamos.

b) *Navarra.*

Es la región mejor representada. A las antiguas historias, de Moret, Aleson, Yanguas, y no tan antigua como la *Nabarra en su vida histórica de Campión*, se han sumado recientemente el compendio de Clavería (1974) y principalmente la *Historia política del Reino de Navarra*, en tres volúmenes, de Lacarra (Pamplona 1972-793) y su resumen (1975). Llega hasta la conquista de Navarra por Fernando V de Castilla (1515).

c) *Alava.*

Sigue sin más historia general que la publicada a fines del siglo XVIII por Landázuri. Tiene positivos valores; pero, aparte de que no llega a nuestros días como es natural, hoy, aunque de manejo

imprescindible para el investigador, es insuficiente. Se ha reeditado varias veces.

Alava Medieval, de Gonzalo Martínez (2 ts. Vitoria 1974), además de su limitación cronológica, es obra fuertemente condicionada por las preocupaciones políticas de su autor.

d) *Guipúzcoa*.

La situación respecto a historias generales no es mejor que en Alava, aunque hayamos de citar más autores. Las obras de Isasti, Landázuri, Gorosabel y Soraluze, aunque meritorias y útiles en ciertos aspectos, están anticuadas y son claramente insuficientes. *Guipúzcoa en la historia*, de Fausto Arocena (1964), es una síntesis excesivamente compendiada y breve.

e) *Vizcaya*.

En el siglo XV encontramos al primer vizcaíno que se preocupa de trazar la historia del Señorío: Lope García de Salazar. Sus obras, *Crónica de Vizcaya* y *Bienandanzas e Fortunas*, conservan su interés para el investigador de nuestro pasado medieval.

A fines del siglo XVIII tenemos la *Historia general de Vizcaya*, por Juan Ramón de Iturriza. Multitud de veces copiada y retocada por su autor, después de su muerte ha sido repetidamente impresa. Conserva su interés para las materias en que el crédulo, pero honesto y sincero Iturriza, manejó documentación original y no se dejó guiar por autores anteriores.

En el siglo XIX, dejando aparte obras de menor importancia aunque en ocasiones de verdadero interés, mencionaré dos: *El Gobierno y el Régimen Foral del Señorío de Vizcaya desde el reinado de Felipe II hasta la mayoría de edad de Isabel II*, en cuyos ocho tomos (Bilbao 1892), Fidel de Sagarmínaga extracta los acuerdos de las juntas generales, diputación y regimientos del Señorío. Es obra importante que, si no puede evitar que el investigador recurra a los volúmenes originales, es una importante guía. Y cuando fenece el siglo, la *Historia general de Bizcaya* de Labayru, obra monumental, fruto de un trabajo inmenso en los más diversos archivos de Vizcaya. La misma cantidad ingente de datos recogida por el autor hizo que éste, desistiendo de sistematizarlos, redactara sus últimos volúmenes en forma de anales. Llega al año 1813. No es la historia sistemática y mo-

derna que desearíamos; pero es un auténtico archivo, bien ordenado, de multitud de datos que aún hoy debe consultarse.

La muerte impidió que Labayru completara el plan prefijado. Otro tanto le ocurrió, ya entrado el siglo XX, a Balparda y de las Herrerías que dejó impresos dos volúmenes de su *Historia Crítica de Vizcaya y de sus Fueros* (1924 y 1934). Póstumamente se publicaron varios capítulos del que iba a ser tomo III. Alcanzaba al siglo XIII. Supone un verdadero avance en el tratamiento de la Vizcaya medieval. Es obra de consulta indispensable; pero que ha de utilizarse con cautela, dada la preocupación y finalidad política del autor.

Urgidos por el tiempo tenemos que silenciar las aportaciones a la historia local, en las que merece especial mención Guipúzcoa. Y en conclusión reconozcamos que está por hacer una síntesis de la historia del País Vasco que pueda presentarse con dignidad en los años que vivimos. Se han recogido muchos materiales para construirla; son necesarios muchos más. Y otro tanto hemos de decir respecto a las regiones diversas.

Me es imposible entrar en detalles acerca de aspectos históricos particulares. Antaño los historiadores se preocupaban principalmente por las cuestiones políticas —debido en gran parte a la preocupación por la defensa de las instituciones forales— y religiosas. Hoy se ha ampliado su campo de estudio. La atención de los investigadores se dirige con preferencia a lo demográfico y económico (G. de Cortazar, Fernández de Pinedo...), lo social (Fusi, Olabarri...), la sociología política (Cillán Apalategui y numerosas tesis de licenciatura). También sigue cultivándose la historia religiosa (Goñi Gaztanbide, Mañaricua, Mutiloa, del Coro...) y la artística (Catálogo Monumental de la diócesis de Vitoria, Arrazola, Ybarra Berge, Uranga-Iñiguez Almech...).

Es clara la preferencia de los investigadores jóvenes por lo moderno, el siglo XIX en concreto. La explicación es clara: la preocupación social y política y el interés por los antecedentes inmediatos de nuestros días. A fuer de realistas hemos de reconocer que a menudo influye en la elección del campo de trabajo la menor dificultad de la investigación. Un vistazo a un centenar de tesis de licenciatura presentadas en la Universidad de Deusto en los años pasados nos dice que casi la mitad son de historia demográfica, económica y so-

cial; el resto se distribuye por el amplio campo de la historia y sólo una decena se dirige a la biografía.

Para terminar este recorrido rápido e incompleto, recordemos la labor realizada en la publicación de documentación medieval (Lacarra, Ubieta, Jimeno Jurío, Idoate...). Los repertorios bibliográficos clásicos (Allende-Salazar, Sarraín, Vinson...) se han visto incrementados por la fundamental *Euskal-bibliographia* de Jon Bilbao y algunos catálogos de bibliotecas que se han impreso (Biblioteca Provincial de Vizcaya, Seminario de Vitoria, Sociedad Bilbaína...). Y ha habido algunas aportaciones buenas para la historia de la imprenta (García Goyena, Castro...).

Conclusión

Hemos de terminar.

Ante la tarea a realizar pensamos en primer lugar en nuestros archivos. Reconocemos y agradecemos las facilidades que el investigador encuentra en muchos de ellos. Pero junto a los provistos de buenas instalaciones para la conservación de sus fondos y su estudio, no son raros los que se hallan en condiciones deficientes. Algunos son en la práctica de consulta imposible. Nuestro ruego se dirige a las instituciones que tienen o deben tener archivo: que se preocupen de él como de un patrimonio inapreciable y que cuiden de su instalación y conservación. Y a sus archiveros que no olviden la función primordial de su cargo: son custodios, no propietarios, y se deben al bien común. Urge la redacción de inventarios y catálogos. No ignoramos que hay archiveros que se ocupan en ello y es justo recordarlos; pero son excepciones.

Y, finalmente, una advertencia a los investigadores. El único objetivo de su labor es hallar la verdad. El historiador se debe a la verdad. Es sabido cuántas dificultades ha de superar para lograr una plena objetividad o, al menos, acercarse lo más posible a ella. No es científico, ni admisible, ni honesto ir a la historia, no en busca de la verdad, sino de la confirmación de ideas personales, sean las que sean. En siglos pasados gravitaron sobre nuestros historiadores mitos más o menos legendarios que dañaron sus obras. En nuestros tiempos, que se ufanan de rigor científico, no podemos admitir que nuevos mitos sustituyan a los antiguos. Dejemos al político que uti-

lice los datos que le brinda la historia; mas deslindemos claramente los campos. No negamos al historiador como hombre y ciudadano el derecho y el deber de tener unas ideas políticas. Pero a la hora de escribir historia, no puede admitir que sus convicciones políticas, sociales o religiosas predeterminen los resultados de su investigación. Su servicio al país como historiador es decirle cuál fue su verdad en tiempos pasados.